

Manuel Madrid<sup>1</sup>

# El más allá nunca estuvo tan lejos

Volver al pasado como lo hacen concienzudamente arqueólogos y antropólogos requiere, en primer lugar, de una formación humanista y científica y, por descontado, de un talante receptivo y abierto. Eso es lo que Sebastián Ramallo valoraba sinceramente de Ana María Muñoz Amilibia, “la jefa”, creadora de la Escuela de Arqueología en la Región de Murcia y primera mujer catedrática de Arqueología en España. Cualidades que cultivó a lo largo de toda su vida académica, incluida la Universidad de Murcia, aplicando todos los métodos de razonamiento y confrontando opiniones antes de sacar conclusiones. En cierto modo, en este número de la revista *Náyades* nos adentramos en ese mismo territorio de lo ignoto que Muñoz Amilibia tuvo el atrevimiento de desentrañar. Un mundo de mortales despojos donde, como nos advertía Saavedra Fajardo, la araña hilos anuda y prenden los viles animales. Por esos callados lugares vamos a viajar, con excepcionales guías, para aproximarnos a culturas que nos precedieron a través del estudio de sus enterramientos; y, cómo no, para asombrarnos del ininterrumpido empeño humano en progresar en capacidad tecnológica.

Las sociedades de El Argar, los hombres y mujeres de la Contestania murciana, los antiguos romanos, los discípulos y creyentes del Corán... en común tienen todos ellos la consideración de la muerte como una exaltación de la vida. Del estudio de las ciudades de los muertos extraemos información muy valiosa: cómo se organizaban las comunidades de cada época, cómo eran los

procesos de amortajamiento, cómo se manifiestan las diferencias de clases, qué hay detrás de la monumentalidad y del lujo, qué nos transmite la belleza escogida de ciertos lugares... Los paisajes funerarios son grandes rompecabezas. Un juego cuyas reglas han de ser tantas veces reformuladas a partir de hipótesis. Una labor que habría sido ejercida a ciegas si no fuera por la multiplicidad de fuentes escritas, fruto del aporte sabio de los más inquietos espíritus de cada momento.

Llama poderosamente la atención la indiferencia con la que fueron tratados estos recintos caídos en desuso, a pesar del coste humano y material que hubo que comprometer para su consumación. Nunca entendí por qué, por ejemplo, el Martyrium de La Alberca (Murcia), objeto de saqueo durante décadas, no fue bien mirado por la administración, aun siendo Monumento Nacional desde hace casi un siglo. Recuerdo, sin ir más lejos, que en el verano de 2013 llevamos a la portada del diario LA VERDAD la existencia de cuatro catafalcos monolíticos, posibles tumbas regias de época visigoda, y fragmentos de fustes y columnas de la basílica paleocristiana de Senda de Granada, arrojados en una burda escombrera de la urbanización Joven Futura, junto a un rácano limonero, entre malvas, borrajas y otras flores silvestres. Ejemplos hay tantos como queramos enumerar. ¡Sitios donde leer la historia arrasados sin remordimientos! Es preocupante el despiste de la autoridad en su obligación de custodia y vigilancia de un patrimonio no siempre reconocido ni valorado. En los presupuestos para conserva-

(1) Periodista. Jefe de Culturas y Sociedad de LA VERDAD.

ción e investigación se mide el compromiso real de los gobiernos con la cultura. Y en la Región de Murcia no puede haber duda de que ese patrocinio de yacimientos arqueológicos, museos, archivos, bibliotecas, universidades... es bastante mejorable.

*Náyades* vuelve a hacer lo imposible: ofrecer a los lectores un número de coleccionista. Esta entrega, profusamente enriquecida con historias no tan conocidas (¿sabían que los cementerios andalusíes eran lugares propicios para lances amorosos? ¿o que la torre funeraria más antigua de la

península está en Cartagena? ¿o que los necróforos eran profesionales muy demandados?), es un regalo que, más allá de la inquietud que pueda suscitar en los lectores, a buen seguro disfrutarán. “Se retratan cadáveres a domicilio. Precios ajustados”, garantizaba el fotógrafo Rafael. El más allá nunca estuvo tan lejos. De luto está cubierta la tierra que habitamos. Incluso la que pisamos...

¡Bienvenidos al banquete funerario!

